

Mi espía particular.

No soy ni médico, ni enfermera, ni tengo vinculación alguna con la medicina y menos aun los que guardan relación con la mente. Simplemente soy familiar de una persona con trastorno bipolar, enfermedad de la mente difícil de entender que a veces te llega a desesperar y la mayoría de las veces se te queda en el corazón.

De pequeña no llegaba a entender algunas singularidades de mi entorno. Con los años, poco a poco fui entendiendo mi mundo de entonces y como dio paso a mi mundo de ahora.

Llegando el frío invierno, en mi casa comenzaba a oler los olores típicos por aquellos años del cisco picón de monte y alhucema. Cuando las noches se hacían eternas debido a los cortes eléctricos y las cenas lejos de ser románticas, apenas nos alumbraba un velón de la última Semana Santa, bien acompañado con un buen tazón de leche calentita con miel y muchos sopones de pan "migao". Eran quizás las mejores noches que pasábamos pues de alguna manera el entorno era siempre relajado y distendido.

Todo muy distinto de las épocas otoñales o primaverales, donde mi casa se convertía sin saber por qué en un pequeño polvorín, en el que el solo hecho de respirar podía terminar en otra épica batalla.

Mi madre, una dulce mujer a la que la vida no la dejó respirar casi ni un segundo, sufridora por naturaleza y luchadora nata. Siempre sonriendo con sus ojos iluminados por la alegría de estar rodeada de los suyos y trajinando entre ollas y sartenes. A veces se le tornaba la mirada triste y seria, con el entrecejo fruncido en tan solo un clic, casi sin darnos cuenta....

Era difícil de entender para los que estábamos a su lado, cuanto más para los que la veían de lejos. Su trastorno bipolar que con los años supimos que era y en qué consistía le atacaba duramente en estas dichas épocas donde los cambios ambientales y ahora imagino que también hormonales, la transformaban en dos personas totalmente diferentes. Ahora el acceso a la información que tenemos es todo un adelanto, aunque de niños no importa lo que te expliquen. Solo lo que ves, y como lo ves, hace que tu imaginación vuele en el sentido que quiera ir.

Cuando era pequeña, en tiempos de crisis o ataques o como bien me decían a mí, "enfermedades de mama", me intentaban alejar de ella al máximo para que no sufriera, para que no viera... Y eso daba a que yo, con mi inmejorable imaginación me refugiase en mis inagotables historias que a veces resultaban hasta verdaderas para mí. Imaginaba que mi madre era la mejor actriz del mundo, interpretando su mejor papel de espía cuando me decía:

_ “Chica, mira la ventana, ¿ves? De nuevo el coche rojo al llegar al final del camino ha dado la vuelta y pasa lentamente frente a casa.”

Y allí que pegaba yo mi nariz al cristal de la ventana para conseguir ver aquel coche sospechoso. Otras veces la encontraba en la habitación con todo revuelto como si un ladrón hubiese entrado a buscar algo que nunca encontró y ella más nerviosa aun cogía una vieja carpeta de cuero negro y la apretaba contra su pecho bendiciendo de tenerla y que no la hubiesen encontrado.

A mi padre, santo varón, siempre le decía lo mucho que lo quería, pero que sintiéndolo mucho lo tenía que dejar, que ella tenía que cumplir su misión. Y de nuevo mi imaginación volaba pensando en las miles de aventuras que tendría mi madre en su “Misión especial”.

Todos los adultos que me rodeaban por aquel entonces cuidaban de ella como si una niña pequeña fuese, la vigilaban en la distancia y me encomendaban la tarea de no dejarla salir sola. Y allá que me pegaba a sus faldas cada vez que la veía coger el bolso.

Su enfermedad es tan agotadora para ella como para las que la rodean. Su cabeza sin parar ni un segundo, sin saber distinguir ficción de realidad, casi sin dormir, casi sin comer, alimentándose apenas para sobrevivir a la tormenta. Y una vez pasada volvía a ser la mujer de la mirada dulce, la sonrisa bonachona y haciendo de nuevo los mejores y más exquisitos platos.

Ya con los años las crisis no es que fuesen a menos, pero ya nosotros detectábamos que algo podría estar fallando y rápidamente y siempre con muchísimo cariño la íbamos apaciguando para que la “matahari” que lleva dentro se quedara eso, dentro y no saliese para volver su mundo, nuestro mundo patas arriba.

No todos mis recuerdos de niñez entorno a mi madre y su enfermedad son tristes, había momentos de risas, muchas risas en algunas situaciones que parecían enteramente parodias humorísticas en las que sin querer nos veíamos envueltos. Aunque siempre nos reíamos al final, cuando la tormenta había pasado.

La convivencia con una persona con este tipo de trastorno mental, hay veces que por desconocimiento puede llegar a ser muy difícil. Y aun con conocimiento de ella, lo es.

Cuando nos duele la cabeza, nos tomamos una pastilla para aliviar el dolor, si nos duele la espalda se nos nota hasta en los andares que tenemos. Pero, ¿y cuando nos duele el alma? ¿Qué hacemos? ¿Dónde nos refugiamos? ¿Qué tomamos? La persona en cuestión que tiene la enfermedad apenas se da cuenta de lo que tiene, son su entorno, su familia y amigos los que detectan que algo no va bien, que algo está fallando.

El miedo a ponerle nombre a lo que nos pasa, a según qué enfermedad, a situaciones, sentimientos, vivencias... ese miedo es el mismo que nos frena, el que nos impide a seguir adelante, a aceptar lo que somos. No es cuestión de ir publicando a los cuatro vientos, pero tampoco hay que esconderse. Yo aun vivo en un pueblo donde la gente se muere de "algo malo" que le entró de repente o se ha puesto "mala de cosas de los nervios", y esos términos engloban todo tipo de enfermedades que no queremos nombrar por miedo a que se nos pegue.

Es aceptar lo que somos con todas sus consecuencias, aprender a escucharnos y a que nos escuchen, estar siempre alerta, pues esta es una enfermedad que puede estallar en cualquier momento, en cualquier situación.

Con el tiempo yo que de pequeña me refugiaba en mis aventuras, mis historias y fantasías, sin apenas darme cuenta llegue a mi adolescencia con todo lo que ello conlleva. Me descubrí inmersa en una espiral de miedos, tristeza, inseguridades a las que no lograba poner en pie. Había caído de lleno en una depresión absurda que no tenía sentido. Fue como si de repente las vivencias en mi casa y las idas y venidas de mi madre con su enfermedad sin nombre, me hubiesen atrapado de lleno. Con ayuda conseguí salir de aquel estado, claro que no sin antes haber llorado un mar de lagrimas por las cosas más insignificantes. Tan solo en el momento en que un médico me explicó los términos de la bipolaridad y en cómo afecta a familiares y amigos y la probabilidad de poder "heredar tal tesoro", tan solo ahí, pude terminar de despertar y volver a ver la realidad en la que vivía, en la realidad en la que vivo.

Soy hija de una enferma bipolar, pero también soy hija de la mejor madre del mundo, a la que su enfermedad con ayuda, con cariño y con mucho, muchísimo amor de todos las que siempre la han rodeado no ha podido vencer.

Posiblemente heredera de esta enfermedad a la que tanto tiempo temí sin saber porque. Soy madre, hermana, tía... De todos los posibles herederos de ella.

Pero ante todo soy persona, que no por tener uno u otro tipo de enfermedad mental deja de serlo. Soy valiente por no tener miedo a nombrar las cosas por su nombre, a no esconderme ni aceptar que se escondan estas vivencias. Que la tolerancia comienza en nosotros mismos, en saber reírnos de cuando nos caemos y poder aplaudirnos cuando nos levantamos, en reconocer que la vida no es un camino de rosas, pero tampoco un camino de espinas.

Soy en si lo que la vida con un enfermo ha tornado que sea, a que en lo bueno y en lo malo siga queriendo ver en que ellos, con su enfermedad son tan importantes como quieran serlo. Y que en su bendita locura ha crecido mi cordura.

Que aun así, con todo lo vivido, sigo echando de menos ese olor en invierno a cisco picón y pan tostado, a velas y apagones de esa época, en la que daba como finalizada la tormenta, en la que por más frío que hiciese fuera el calor de la mirada de mi madre me reconfortaba como el mejor de los abrigos de pieles.

Matahari se había ido, mi madre había vuelto a casa.